

## DIA Y NOCHE



Ayuntamiento de Madrid

EL QUE LA SIGUE...

(Dibujo de Vázquez Calleja).

10 cts

## A nuestros lectores y corresponsales

Con la nueva reforma de esta Revista, a los suscriptores les dardicipamos que al hacer el pago de suscripción adquieren el derecho de que se les entregue los nueve pliegos que van publicados de las novelas El Crimen de la Joyería y Kenilworth, con el fin de que puedan estar al corriente de la publicación sin que para esto tengan que hacer sacrificio alguno, por lo que esta empresa ha tenido a bien hacer este obsequio a sus lectores.

---

A nuestros colaboradores espontáneos se advierte que no devolveremos los originales que nos envíen, ni sostendremos correspondencia acerca de ellos, ni aun en el caso en que nos remitan sello para franquear la repuesta.

---

Queda prohibida la reproducción de todos los originales literarios y artísticos publicados en este ejemplar.

---

“Día y Noche” no recibe anticipos ni subvenciones de ninguna especie del Gobierno, y espera vivir del favor del público.

---

No pagaremos ningún original que se nos envíe espontáneamente, ya sea literatura, dibujos o fotografías, de modo que todo colaborador espontáneo al enviarnos sus trabajos da por aceptado que desea que se le publiquen gratis. Sólo pagaremos aquellos trabajos que la Dirección de **DÍA Y NOCHE** haya solicitado directamente, por medio de carta con el membrete y la firma del director.

---

## Sección de correspondencia

### CONCURSO DE DIBUJOS

Núm. 78.—D. F. R.—Madrid.  
Núm. 79.—D. F. L.—Madrid.  
Núm. 80.—D. L. P. S.—Zaragoza.  
Núm. 81.—D. M. V.—Valencia.  
Núm. 82.—D. J. D.—Málaga.  
Núm. 83.—D. J. V. P.—Mahón.  
Núm. 84.—D. V. M.—Barcelona.  
Núm. 85.—D. H. S.—Villena.  
Núm. 86.—D. E. V.—Valencia.

Núm. 87.—D. R. G. de la G.—Madrid.  
Núm. 88.—D. M. G.—Granada.  
Núm. 89.—D. A. G. L.—Madrid.  
Núm. 90.—D. J. C.—Valladolid.—Recibirá usted carta de la Administración uno de estos días.  
Núm. 91.—D. E. C.—Barcelona.  
Núm. 92.—D. J. N.—(Sin dirección).  
No son publicables.





# Día y Noche



Director: FERNANDO PONTES

Redacción, Administración y talleres: **Cardenal Cisneros, 47.**

APARTADO DE CORREOS, 809.—TELÉFONO J. 923.

Suscripción: provincias 6 ptas. año

Anuncios: precios convencionales

Año II

Madrid 12 de Enero de 1919

Núm. 2

## CRÓNICA SEMANAL

Un fenómeno nunca visto hasta ahora se presenta en la historia de la Administración pública. Un gobernador de Madrid que llama a las cosas... y también a las personas, por su nombre, y que, por

a ser más contagioso que la gripe, pero ¡no nos hagamos ilusiones ni abriguemos nada! Es seguro que nuestra esperanza se quedará a cuerpo, y hasta es posible que en ropas menores.

\* \* \*



añadidura, despacha y resuelve los expedientes con una rapidez que a los oficinistas españoles debe de parecerles fantástica.

Quisiéramos abrigar la esperanza, (abrigar en este tiempo es una palabra agradabilísima), de que el ejemplo que dá el Sr. Romeo, Gobernador de Madrid, va

Según todos los síntomas, Cataluña va a conseguir, como de costumbre, cuanto se le antoja. Esto, sin perjuicio de que al día siguiente de lograr sus deseos vuelva a atacar desafortadamente a los gobiernos centralistas, a Madrid, a los castellanos, y a todo lo no sea catalán:

Lo que no podrá seguir, si los españoles en general y el comercio español en particular, tienen el don de la memoria y el de la propia defensa, es que los aranceles continúen obligándonos a comprar los géneros catalanes como si fueran buenos, y más caros que si fuesen extranjeros. Hay

muchos artículos que se producen o manufacturan en Cataluña y en otras regiones españolas. Sería conveniente que los españoles, antes de comprar, consultasen las etiquetas, y se decidiesen a hacer valer su derecho a que su dinero vaya a parar a la región que al comprador le inspire mayores simpatías.

Con este plebiscito espontáneo, creo que quedarían desvanecidas algunas campañas anti-españolas, y se daría una respuesta adecuada a ciertos gritos poco gratos y menos merecidos.

\*  
\* \*

De la Memoria leída en la inauguración del curso en la Universidad Central, se deduce que este establecimiento docente es una verdadera ganga para el Estado.

La Univrsidad Central viene dejando un rendimiento líquido de unas *setecientas mil pesetas* anuales. Es España el único país donde la enseñanza se considera como artículo de renta para el Estado.

A pesar de esa enorme ganancia que nos descubre la Memoria antes citada, el Estado Español sigue alojando a nuestra Universidad de una manera indecorosa, en un caserón viejísimo y desprovisto de todas las condiciones modernas.

Si esa ganancia se hubiese de-

dicado a la construcción de un edificio de nueva planta y a la adquisición de material docente, hoy la Universidad Central sería orgullo de España entera.

\*  
\* \*

Algunos teatros cierran sus puertas o cambian de género al comenzar la *cuesta de Enero*. Uno de ellos es *Cervantes*.

*Ernesto Vilches* ha hecho en dicho teatro una campaña brillantísima, con la excepción del desdichado estreno de *Las Alas*. Al triunfo personal de *Vilches* durante la temporada, debe ir unido el de la primera actriz de su compañía, *Irene López Heredia*.



El éxito obtenido por la compañía *Vilches* debe animar a su eminente director a nuevas campañas artísticas en Madrid, cuyo público tanto le aprecia.

FERNANDO PONTES.



# La venganza de Nelet

(De la huerta Valenciana)



## I

Oculto ya el sol por las primeras sombras nocturnas, la huerta tomó un aspecto más poético y tranquilo. En lo alto de los árboles piaban enérgicamente los traviosos pajarillos disputándose el sitio para pasar la noche. Algunos grillos incógnitos empezaban a llenar el espacio con sus monótonas tartamudeces. En la lejanía, un gallo, quizá rodeado de sus volátiles cortesanas, lanzó al viento su estridente y postrero saludo a Febo. La huerta se recogía pacíficamente...

La puerta de la barraca de *Nelet* se abrió para dejar paso a este, quien, embozado en una manta, se alejó con paso firme siguiendo la senda que pasaba por junto al edificio y que, como construida por una ironía, un extremo desembocaba en la iglesia, y el otro frente a la taberna del *Negre*. Hacia aquí se dirigió el mozo, no pudiendo ocultar la alegría que experimentaba al pensar que iba a ver a los amigos después de larga ausencia... Y corría más que caminaba, al mismo tiempo que de sus labios se escapaba, a media

voz, una copla valenciana, cantada con esa entonación y estilo imposible para quien no sea de esta tierra.

La taberna del *Negre* estaba re-



bosante de consumidores. El tabernero, pequeño y panzudo, cubierto por ancho delantal, el cual, si bien en remoto tiempo fué de blancura nivea, no por su actual suciedad desmerecía, pues estaba convertido en verdadero relicario de muestras vinicas más o menos acuosas, servía a los parroquianos de *infantería*, como él los llamaba, sin abandonar el mostrador. A su lado, un muchacho patizambo recibía y ejecutaba órdenes de los que, sentados alrededor de viejas mesillas, pedían más bebida al mismo tiempo que jugaban ruidosamente al truco.

*Nelet*, desde la puerta, contempló un instante con la sonrisa en

los labios aquella báquica escena y entró. Sus primeras palabras fueron un saludo general.

--¡*Bóna nit!*

Todos los circunstantes se volvieron automáticamente y al ver al mozo prorrumpieron en alegres y estrepitosas exclamaciones de asombro. Hasta los más empedernidos dejaron el juego para cercar al recién llegado y saludarle. ¡Caramba! ¡Si era *Nelet*, el soberano, el niño mimado de la huerata! Y a empujones, estrujado por sus alegres camaradas, *Nelet* fué transportado al centro de la habitación. ¡A ver, *Negre*, todo el vino que se quiera beber *Nelet*! Y fué un nuevo pretexto para que los gorriones se aprovecharan y los algo bebidos participaran del contento poniéndose más *alegres*. Y en medio de la algazara general, el mozo, abrumado por tanta pregunta, empezó a contar su viaje a la Mancha y otros pueblos; viaje lleno de incidentes y aventuras de la más vulgar incoherencia, pero que en su boca, dichos con ese lenguaje picaresco que le es peculiar al labrador valenciano, causaban la hilaridad y regocijo de sus espectadores.

Y el vino corría sin cesar pasando sistemáticamente por aque-



llos refractarios gazzates que tragaban los mas fuertes alcoholes con la misma facilidad que si be- bieran agua...

\* \* \*

De regreso a su barraca, *Nelet* caminaba pensativo. *Toni*, un amigo suyo, se lo había confesado todo; Marieta le engañaba: ahora era otro su galán. ¡Ingrata! ¡A ese precio pagaba su cariño! ¡Si todas las mujeres eran lo mismo! Pero juraba por la Virgen que se había de tomar venganza. No muy lejos: ¡al día siguiente! Y con la cabeza ardiendo por el mucho mosto bebido, se metió en su casucha, fijo el pensamiento en la imagen de su ingrata amada...

## II

Contra su costumbre, al día siguiente se levantó más tarde que nunca. En su mente danzaban todavía las palabras de *Toni*. ¡Venganza! Venganza, sí; pero sin violencia. No era cosa de comprometerse por una mujer. Si tomaba muy a pecho el suceso, era capaz de matar a su rival... ¿y qué ganaba con ello? Muerto su émulo, a la tumba; él, por asesino, a la cárcel; y ella, libre de ambos, gozaría de su imbecilidad. ¡con un

tercero... No; poco a poco: era necesario valerse de la astucia para vengarse. En la barraca de Marieta se celebraba un baile típico. A él concurrían todos los mozos y mozas del lugar: buen sitio y mejor momento para su fin. Al baile acudiría *Nelet*... y venga lo que Dios quiera.

\* \* \*

La primera parte de la danza tocaba a su fin. Las parejas, graves sus semblantes como en días de ceremonia, movían cadenciosamente sus cuerpos al compás de la música, mientras sus dedos repiqueteaban alegremente y con extraordinaria ligereza las castañuelas. Alrededor de los bailadores había una compacta muche-



dumbre que comentaba estrepitosamente la fiesta.

Marieta, encantadora, bajo la verde bóveda del emparrado que la resguardaba de los emisarios

de Febo, platicaba alegremente con su *nuevo novio*; éste, que al mismo tiempo que novio era su pareja para la danza, aguardaba con impaciencia que les llegara el turno para pasear orgulloso a su Marieta y darle en las narices a *Nelet*, que allí en primera fila, no les quitaba ojo.

La primera danza terminó y los componentes de la segunda salieron al medio dispuestos.

Los que estaban junto a *Nelet* le vieron despojarse de su gruesa manta y chaleco y avanzar un paso. Una exclamación incomprensible salió de todos los pechos. Allí iba a ocurrir algo siniestro; habría que impedirlo a todo trance: Pero viendo su ademán tranquilo y su semblante risueño, quedaron todos suspensos y guardaron profundo silencio.

La charanga dió principio al baile. Los bailadores se dispusieron para bailar.

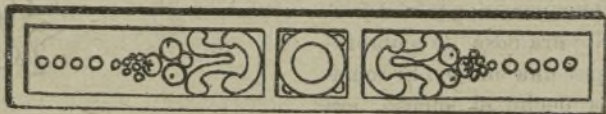
De pronto, *Nelet*, apartando amistosamente a su rival, colocóse frente a Marieta y le pidió su permiso para danzar con ella. Marieta, por un resto de amor o por un todo de coquetería se lo concedió y danzaron.

El novio despechado quiso arrojarse encima, pero doce hercúleos brazos le sujetaron fuertemente y lo alejaron de allí, mientras una carcajada general acogió esta estratagema.

Entonces *Nelet*, viendo a su rival derrotado por él y burlado por el público, rió de buena gana y chilló más que dijo:

—¡Eixa, eixa, es la meua venganza!.. (¡Esa, esa es mi venganza)!..

PEPÍN.





EN CHUNGA

# Don Genaro saluda

D. Genaro es más cortés que el famoso Hernán, nuestro querido amigo histórico).

Lleva el ala del sombrero reforzada, porque tenía que dese-



char los cubrecabezas casi nuevos, por desgastar únicamente el borde a fuerza de descubrirse.

D. Genaro, afectuosísimo ser, siempre que tropieza con un conocido, ha de preguntarle forzosamente por su salud, el estado de sus negocios, los contratiempos familiares, si los buñuelos del desayuno estaban comestibles, y si se halla al corriente en el pago del simpatiquísimo impuesto mu-

nicipal conocido con el despectivo nombre de inquilinato. Y esto se repite cuarenta veces al día si otras tantas sucede el encuentro.

D. Genaro, obligado por el nombre que le pusieron al recibir, berreando como es natural, el agua bautismal, descuida los más graves negocios, las más apremiantes ocupaciones, con tal de cumplir lo que el cree sagrado deber.

Ante el espejo, y en ausencia de su señora (algo insociable la pobre, de adusto carácter heredado de un tío suyo manco de ambos brazos y profesor de contrabajo de profesión), ensaya ceremoniosamente las trescientas veintidos mil maneras de quitarse con equidad, aseo y economía el hongo ante la presencia de los racionales de ambos sexos, conocidos y de los otros.

Basta ver como D. Genaro arquea el brazo y eleva la bimba, para, por medio de una deducción sherlokholmescodelectiva, ave-

riguar la posición social y el grado de respetabilidad del homenajeado.

A cada categoría corresponde una distancia en milímetros sobre el nivel del cuero cabelludo de D. Genaro; según los años de la persona saludada, así es la bisectriz del ángulo trigonométrico formado por la extermidad superior derecha de nuestro hombre.

Reverencias, inclinaciones de cabeza, apretones de manos, frases corteses, todo, metódicamente estudiado, lo emplea D. Genaro según las circunstancias.

Y sin embargo, como sucede que cuando una cosa se repite muchas veces, suele olvidarse de puro sabida (como por ejemplo, pagar al sastre o al zapatero, a fuerza de abonar facturas por construcción de prendas indumentáricas), D. Genaro ha tenido un olvido que le cuesta estar en el momento actual con la cabeza más liada que la ponencia de la Comisión extraparlamentaria.

Deambulando por una calle céntrica tuvo la desgracia de no ceder la derecha a una señora que iba acompañada de su marido, espadachín terrible, el cual inmediatamente le, desafió; aceptado

el lance por D. Genaro, incapaz de desairar a nadie, y habiéndole comunicado sus padrinos, que la obligación de los que se batien en duelo es pincharse mutuamente, quiso borrar la involuntaria grosería anterior con un acto de finura; y hallarse en el terreno, en guardia frente a su adversario le invitó a que le hiriese primero, cortesía que fué aceptada, recibiendo en la bola de billar a la que comunmente denominamos cráneo, una brecha de la que inmediatamente, como la gente en los cines cuando se acaba la sesión de películas, comenzó a salir sangre; con lo que se dió por terminada la contienda, quedando el honor satisfecho y la buena



crianza a regular altura (un metro quinientos noventa y seis milímetros y medio, estatura de D. Genaro.)

ARÍSTIDES FRESEDEVAL.



# SEMANA TAURINA



Charlots, Llapisera y su Botones

Por hoy vamos a dejar en paz a los toreros más o menos trágicos, para ocuparnos de los popularísimos representantes del toreo cómico-burlesco, Charlots, Llapisera y su Botones, ya que, después de Joselito, son los artistas que en mayor número de festejos han tomado parte.

El año de su presentación se indignaron los aficionados y los toreros. «Hay que ver. Tomar a *chufra* una cosa tan seria como la fiesta nacional».

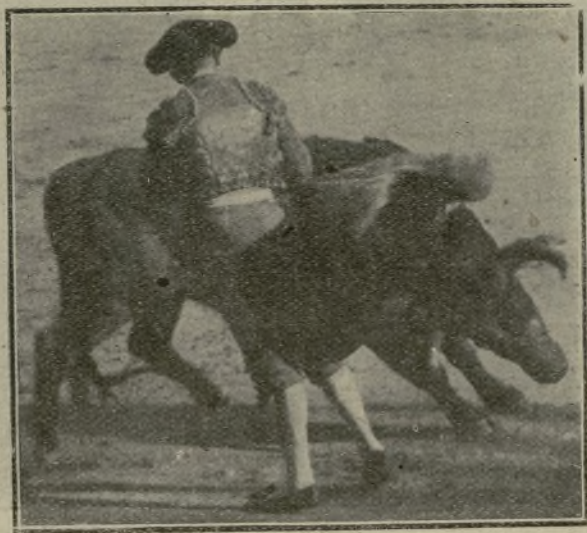
Pero Charlots y Llapisera con su arte—¡arte, señores aficionados!—han logrado convencer a unos y otros. A los primeros, porque viendo a los excelentísimos parodistas taurinos lograban borrar la mala impresión que la

mayor parte de las veces les dejaban los artistas que debían ser emoción antes, y a los otros, porque gracias al gran número de corridas en que actúan Charlots y Llapisera, tienen más facilidades para torear en fiestas, que de no actuar los toreros cómicos no se celebrarían.

Tienen un extenso y graciosísimo repertorio de trucos, y como burla, burlando ejecutan todas las suertes del toreo a la perfección, fácilmente se comprende él porque este año han llegado a firmar cerca de las cien corridas y han contribuido al alza del precio del papel a fuerza de agotar billetes.

Y para el año presente, hay una continuación.

CHETE.



Dominguín rematando un quite.



## DESDE EL GALLINERO

## VARIETÉS Y CINES

La importancia que han adquirido las *Varietés* y el *Cine* durante los últimos años, nos obliga a dedicar semanalmente un sección de *Día y Noche* a tan interesantes y populares espectáculos.

El público, el gran público, el que llena las salas de los coliseos, dejando un río de oro en las taquillas, va abandonando los teatros y acudiendo al reclamo del couplet y la película. ¿Tiene razón el público al realizar este cambio en sus aficiones? La tiene indudablemente; el público siempre tiene razón. Pero los motivos a que esta desviación de las aficiones populares obedezca, merece un análisis, que vamos a procurar hacer y expresar en pocas líneas.

Al Teatro español le ha ocurrido en los últimos tiempos lo que a ciertas señoritas que, a fuerza de querer afinarse y el talle y espiritualizarse, se quiebran de puro sutiles, y valga el símil, aunque no sea muy literario.

Cierto día, algunos escritores descubrieron que nuestro teatro era poco literario; que el latiguillo, el melodrama y el interés, eran la base de las comedias que aquí se estrenaban, y que tales cualidades se atendían con preferencia, en detrimento de la forma.

¡Oh, la forma!, —pensaron los sudichos escritores—; nosotros dominamos la forma; nosotros haremos un teatro exquisito, archi-super-litera-

rio, con personajes que hablen siempre chorreando literatura, respirando sabiduría, estornudando pensamientos quintesenciados y que dejen al hacer mútis, convencido al público de que el mundo está compuesto de superhombres, no de seres humanos.

El asunto de las comedias sería lo de menos; ¡muera los latiguillos! Comedias sin asunto, sin interés....; sobrevino una campaña en la Prensa en contra de todos los resortes teatrales!...; y, en efecto, el público se aburrió en los teatros y dejó de acudir a ellos.

Por este aburrimiento, el público acogió con verdadero entusiasmo las comedias de Muñoz Seca, comedias que, a pesar de su burda contextura, de lo ordinario de su gracia y de lo insensato de sus asuntos, hacen reír al público y le producen una emoción verdadera, no artificial ni artificiosa, como las que intenta producir el Teatro *exquisito*.

La misma reacción del público explica la afición a la película y al couplet.

La coupletista da siempre una emoción rápida, siempre varía y siempre personal; el expectador, si una artista o un coupletino le agrada, sabe que su tormento va a durar cinco minutos, mientras en un teatro, a donde acaso fué engañado por las alabanzas apasionadas de una crítica casi siempre tendenciosa, tiene con frecuencia que

## DÍA Y NOCHE

soportar tres o cuatro actos de vaciedades pretenciosas, sin interés ninguno.

[El interés! Este es el triunfo de la película, y llenando los cines da el pueblo una lección definitiva a los empresarios de teatros.

Cuando un teatro se llena cien noches para ver una comedia, ved, estudiad cual es la causa; siempre el in-

terés y la emoción. Todas esas obras que llenan los teatros, aunque no sean hermanas por la altura literaria, por la belleza de la forma, ni por la transcendencia del asunto; llámen-se, en suma, *La Malquerida*, *El sueño de una noche de Agosto*, o *Mister Beverley*, tiene un denominador común: el interés.

EL OPTIMISTA.



Rafaela Haro, graciosa tiple del Reina Victoria, que obtiene constantes éxitos.



María Esparza, bella y notable bailarina del Teatro Real.

(Caricaturas de Larregla).



## IN ETERNUN

Inútil que tu faz vuelvas airada,  
y el entrecejo frunzas obstinada  
si al lado paso yo.

Aunque a lejanas tierras emigrases  
y preso en una cárcel me dejases,  
te seguirá mi amor.

Si ante el altar otro hombre te llevase  
y con lazo nupcial te snjetase,  
es tanto mi fervor,  
que aun dentro del hogar ambicionado,  
con raudo vuelo, en pensamiento alado,  
te seguirá mi amor.

Si Dios benigno, con afecto tierno,  
el galardón te dá de amor materno;  
terco, perseguidor,  
hasta besando al inocente infante,  
cruzando de tus labios por delante,  
te seguirá mi amor.

Cuando tu cuerpo, enfermo se derrumbe,  
pues también la belleza al mal sucumbe,  
en lecho de dolor,  
con los ayes que arranque a la materia,  
la ponzoña sembrando su miseria,  
te seguirá mi amor.

Si la parca cruel corta tu vida  
tras agonía larga, retorcida  
de trágico estertor,

camino de ese cielo donde miro,  
acompañando tu último suspiro,  
te seguirá mi amor.

Hasta en la lobreguez del cementerio,  
donde se aspiran penas y misterio  
que al alma dán pavor,  
fijando en tu sepulcro cara y manos,  
y ahogando con mi llanto los gusanos,  
te seguirá mi amor.

En las fraguas candentes del Averno,  
si el pecado me lleva al vil infierno,  
que es purificador.  
mientras mi alma, que hoy pena traspasa  
un fuego inextinguible, lento, abrasa,  
te seguirá mi amor.

Cuando del juicio la hora final llegue,  
y tu espíritu cruel súplica eleve  
al Supremo Hacedor,  
intercediendo para ver absuelta  
la pena que tu crimen tenga impuesta,  
te seguirá mi amor.

Y aun después, en el orbe de los justos,  
donde entre dichas e inefables gustos,  
te mande el Creador,  
eternamente fiel, indestructible,  
nimbado de una gloria inmarcesible,  
te seguirá mi amor.

JULIÁN DE TORRESANO.



Esta cerveza alemana debe ser bolcheviki, porque... ¡menuda revolución me está armando en la barriga!

# El anillo misterioso o todos detectives.

(Continuación del primer episodio).



9.º—El trapero hizo una compra de muebles viejos y entre el asiento de una butaca encontró una fortuna.



10.—De Oscar está enamorada la señora Magda millonaria y caprichosa y para poder hablarle finge un robo en su misma caja



11.—Robo que llevo a cabo ella misma su doncella que la odia no la pierde de vista siendo testigo de esta escena.



12.—Oscar desesperado de no hallar ningún rastro de los criminales se encontró a la *seña* Manuela que se había casado con el señor Juan el trapero y se dedicaban a darse buena vida.



# El anillo misterioso o todos detectives.



13.—Toda orgullosa le invita a ver su casa puesta a todo lujo. Oscar ve su pipa dentro de una vitrina por lo que se alegra infinito.



14.—Disfrazado alquila el cuarto contiguo al de doña Manuela y al anochecer se trasladó a su nuevo domicilio, espionado de cerca por Magda.



15.—Una vez dentro del cuarto cierra por dentro y a media noche cuando cree que el matrimonio está acostado saca del maletín un berriqui con el que taladra el tabique.



16.—Consigue hacer un hueco meter la mano por el y apoderarse de su inolvidable compañera doña Manuela siente un ruido extraño se levanta y ve a la luz de la luna que la pipa desaparece.

(Continuará).

## CHISTES Y COLMOS



El colmo de mi carpintero.  
Que las hijas sean de Vigo para que resulten vigas y en vez de tener un piano de cola que sea de engrudo.



El colmo de un hojalatero.  
Tener los hijos soldados pero que sean de estaño, no del que viene.



¿Que objetos preferimos los toreros que nos tiren al redondel?  
Un par de botas porque al fin con suela.



¿En qué se parece un cornetín a las orlas que hacen los chicos en Nochebuena?  
En que para papá.



ca, despreciando en absoluto la joyería ordinaria y corriente.

—¿Cómo se llamaba ese hombre?, preguntó *Sait*.

—*Frederic Massard*, respondió *Sol*, y siguió contando.—El joyero nos mostró una gran colección de fotografías, entre las cuales figuraba una magnífica del retrato de la *Marquesa de Guadalupe*, el cuadro de Velázquez que acabábamos de ver en la exposición.

El joyero se comprometió a fabricarme el collar para



—*Vamos a casa de un joyero...*

la fecha precisa, y quedó ajustada en 200.000 pesetas; la importancia del precio me impulsó a rechazar el regalo, pero Miguel insistió en su oferta, y no tuvo el valor necesario para negarme.

Llegó el día señalado para entregar la alhaja, día que yo aguardaba con gran impaciencia, y que era ayer por la tarde...

—La misma tarde en que la *princesa Nabab* le hizo a usted la narración que usted repite ahora?

—Precisamente—, dijo *Sol*—; llegó la tarde de ayer, y el *Marqués de Riocavado* se presentó triunfante en mi

casa, llevando el estuche que contenía el magnífico collar; lo abrí temblando de emoción, y a la luz eléctrica..., —ya había anochecido—, resplandecieron las piedras de la magnífica cadena de mis sueños. Llena de alegría entré en mi tocador contiguo para vestirme el traje idéntico al del retrato, que la modista me había llevado poco tiempo antes. Me le puse rápidamente, y salí de



*—El joyero nos mostró una gran colección de fotografías...*

nuevo al salón, me coloqué la alhaja copiando el preñado de una fotografía del cuadro de Velázquez, y en el momento en que terminaba esta operación, no muy sencilla, con la ayuda de Miguel, ocurrió el dramático incidente que ocasiona la denuncia que estoy haciendo a la policía.

Un ruido de voces agitadas se oyó en el pasillo; prestamos atención y comprendimos que uno de los criados del hotel discutía acaloradamente con otra persona que pretendía entrar en mis habitaciones. La servidumbre tenía orden mía de no permitir la entrada en ellas durante las visitas de Miguel.

En vista de que la discusión amenazaba acabar en dis-



puta, yo misma abrí la puerta, y en el acto se precipitó a dentro el hombre que disputaba con el criado.

Mi asombro y el del marqués fueron extraordinarios. Teníamos delante al propio *Massard*, el joyero, pero un *Massard* desconocido, por alguna violentísima emoción. Su rostro, que yo había visto en la joyería sereno y fresco como el de un joven, estaba amarillo y contraído; su barba bien peinada y casi blanca, que le daba un perfil judaico continuando la recta línea de su nariz, se veía revuelta, así como los cabellos, que se mesaba con manos convulsas. Era un *Massard* envejecido, anonadado. Avanzó en la habitación, extendió las manos temblorosas, quiso hablar sin que la contracción de su garganta se lo permitiera, rasgó el cuello de la camisa hundiéndose entre ésta y su propio cuello los dedos como garfios, y cayó medio desvanecido sobre un sillón.

Mandé salir al criado, que con cara de terror permanecía a la puerta, y la cerré.







### Un crimen claro o confuso, según quién lo juzgue

El jefe policiaco hizo una pausa para tomar aliento. *Sait* había escuchado fumando, impasible, y ahora sus ojos adquirieron nuevamente aquella fijeza soñadora y abstraída que los caracterizaba en ciertos momentos. Pero aquella abstracción fué momentánea, y al punto con una mirada expresiva e interrogante invitó a *Don Pedro Sol* a reanudar su historia. *Sol*, obedeciendo a la muda instancia de su oyente, continuó hablando:

—Apenas hube cerrado la puerta—, prosiguió la artista—, dimos a beber al joyero un poco de agua mezclada con coñac, que le hizo recobrar el ánimo y el habla.

—¿Qué le sucede, señor *Massard*?—preguntóle Miguel.

—La cadena..., la alhaja... ¡robada! Acabo de percatarme del robo, y vine corriendo, sin aliento, para advertirles que no paguen la factura si la presenta el ladrón.

—La alhaja está aquí... ¿no la ve usted, señor *Massard*?—dije, sin acabar de comprender lo sucedido, y al mismo tiempo indiqué al joyero la joya que yo acababa de ponerme para ver su efecto.

*Massard*, incorporándose en su sillón, y cogiéndose a los brazos de éste convulsivamente, fijó sus aun turbios ojos en la cadena, y vi que los abría con terror.

—¡La cadena!... ¡tarde...! ¡he llegado tarde!

Miré al marqués, y le vi lívido de emoción; dominando ésta por un esfuerzo de su voluntad, dijo:

—En efecto, ha llegado usted tarde.

—Hable, señor marqués—, replicó *Massard*—; no hay que perder ni un minuto. ¿Qué ha sucedido?

—Esta mañana—, explicó el marqués— a eso de las doce, estando yo en mi casa, me pasaron recado de que un joven quería verme personalmente. Aunque no acostumbro recibir a nadie a esas horas, ante la insistencia del visitante dí orden de que le hiciesen pasar a mi despacho. Momentos después entraba el joven con un paquete bajo el brazo.

—Señor marqués, dígame las señas personales de ese joven, dijo *Massard* interrumpiendo el relato de Miguel.

—Sus señas personales son características, y por fuerza hube de fijarme en ellas. Era un muchacho como de veinticinco años, alto y de buenas carnes; el pelo rojo, muy corto, y la cara afeitada y cubierta de esas pecas rojizas que corresponden a aquel color del cabello.

—¡El mismo!—exclamó *Massard*.—El que yo sospechaba—; y cerrando con fuerza los puños, los blandió en ademán de amenaza, dejándolos al fin caer con energía sobre los brazos del sillón.

—¿Quién es el ladrón de que sospecháis?—preguntó Miguel.

—Es mi dependiente, en quien yo había puesto una confianza absoluta. Esta mañana me envió recado de que estaba enfermo y no podía acudir a la joyería. Como es mi único dependiente, sin duda creyó que yo no podría abandonar la joyería, y no teniendo en mi poder todavía la alhaja, que devolví ayer al lapidario para que corrigiese una ligera imperfección, supuso con bastante lógica que no me enteraría del robo hasta que ya no fuese tiempo para impedirlo.

—Y ¿cómo se ha enterado usted, a pesar de su hábil combinación?

—Porque hace poco, el lapidario me llamó al teléfono, y me comunicó que mi dependiente había recogido la joya. ¡Bien urdida estaba la trama! y ¿qué os dijo el joven, señor marqués? ¿Qué hizo ese infame?

—Dijo e hizo una cosa muy sencilla. Me dijo que iba por orden de usted a entregarme la alhaja encargada. Desenvolvió tranquilamente el paquete, y abrió el estuche de piel roja. La alhaja apareció, deslumbradora; el joven la hizo brillar a la luz del Sol, detallando con gran calma todas las perfecciones de su construcción, y me preguntó si era de mi gusto, a lo que contesté afirmativamente.

—Y ¿no le presentó la factura?



—Después de cerrar otra vez el estuche y de envolverle cuidadosamente, atándole con la misma cinta de seda, me indicó que traía la factura, por si quería pagarla en aquel momento; además, sacó de su bolsillo una carta de usted...

—¡Mía!—rugió *Massard*.

—Suya, indudablemente; de su puño y letra; yo co-



*Hundiendo entre esta y su propio cuello los dedos...*

nozco su escritura, porque conservo algunas de las cartas que me escribió con motivo del asunto del collar, para pedirme el aplazamiento de su entrega.

—¿Las conserva usted?—, preguntó ansiosamente *Massard*—y ¿la escritura es igual?

—A mí me lo pareció.

—Pero ¡es una red espantosa!—exclamó el pobre joyero. Y... ¿pagó usted, señor marqués?

—Llené un cheque por 200.000 pesetas, valor de la alhaja, y se lo entregué, a cambio de la factura.

—¿Tiene usted la factura? Déjeme verla, por favor.

—Aquí está—, dijo el marqués, sacando su cartera y de ésta la factura, que entregó al joyero.

*Massard* desplegó el papel con dedos temblorosos, y fijó una mirada de espanto en él.

—¡Es mi firma..., mi letra!—y presa de un súbito aplanamiento, dejó escapar el papel de entre sus dedos, hundiéndose casi exánime en el sillón.

Calló *don Pedro Sol*, y hubo una larga pausa. *Sait* tiró la colilla de su cigarro, sacó otro habano, y lo encendió *científicamente*, sin aspirar el humo del fósforo. Al fin, dijo:

—Amigo *Sol*, es usted un narrador de primer orden; su narración ha sido tan interesante, tan artística, tan



*y abrió la puerta con sigilo...*

bien graduados sus efectos, tan nutrida de detalles sugestivos, que le felicito con la mayor cordialidad.



—De modo que he sido claro..., conciso..., metódico..., —dijo el buen policía hispiéndose de nuevo, como un pavo cuando le rodea un grupo de admiradores.—Modestia aparte, poseo el don de la elocuencia.

—¡En grado sumo, mi querido *Soll*—, dijo *Sait*.—Ha narrado usted todos esos sucesos con tan novelesco interés, que casi..., casi..., me parece mentira que hayan ocurrido realmente como usted dice.

—¡Señor *Sait*!—exclamó *Sol* entre satisfecho e indignado.—Ahora, sólo falta la coda de esa sinfonia policiaca.

—¿La coda?

—Sí; el broche, la deducción final. ¿Qué relación tiene todo eso de la joya robada con el crimen de la joyería? ¿Quién es el dependiente ladrón, si es él el ladrón? ¿Quién y por qué ha asesinado a ese hombre que yace ahí, a dos pasos de nosotros, tendido en el suelo, con un balazo en la cabeza, sobre un charco de su propia sangre, entre unas cartas de baraja esparcidas, como terrible e inescrutable simbolo del azar que preside la vida y la muerte de los humanos? ¿Sabe usted esto, Señor *Sol*? ¿Puede usted responder con certeza a todas mis preguntas?

—Con absoluta certeza—respondió *Don Pedro Sol* con un gesto de suficiencia.

—¿Quién es, pues, el asesino?

—El asesino es el dependiente del Señor *Massard*, el joven del cabello rojo que se presentó en casa del *Marqués de Riocavado* para entregar la alhaja robada por él; el que cobró los 40.000 duros, y ha desaparecido con ellos.

—¿Con absoluta certeza?

—¿Cómo puede usted dudar de lo que es evidente, y, por lo tanto, indudable?

—Indudable, evidente, era para el *Marqués de Riocavado* la letra de la carta del joyero que el portador de la joya le presentó. Ividentemente indudable era también para él la firma de la factura que le sirvió para cobrar las 200.000 pesetas; y sin embargo de tanta evidencia... ¿la letra y la firma eran falsificadas?

—Es cierto, contestó *Sol*, perdiendo una gran parte de su petulancia.

—Amigo *Sol*, dijo *Sait* lentamente; ¿estais seguro de que ese cadáver que yace allí tendido es el del joyero *Massard*?

—¡Ah! esto ya es demasiado; dijo el policía con muestras de indignación.

—No se enfade usted...; calma, calma, y respóndame tranquilamente. ¿Usted conocía a *Massard*?

—No le conocía, pero su aspecto responde en absoluto a la descripción que de él me hizo la *Princesa Nabab*.

—¿Qué descripción?

—Perfil judaico, barba casi blanca, bien peinada, lo mismo que los cabellos, tez juvenil, a pesar de las canas...

—¿Cuándo ha examinado usted el cadáver?

—Cuando llegué esta mañana al lugar del crimen. Después, subimos a las habitaciones del entresuelo para hacer el atestado y no volví a bajar hasta que tuve que hablar con usted, *Sr. Sait*.

—Y ahora..., al atravesar la trastienda, ¿ha mirado usted al cadáver?

—No... está lejos del cruce entre ambas puertas, y medio oculto por el tapete...

—¿Quiere usted que lo reconozcamos juntos?

—¡Si usted quiere..! y *Sol* siguió, demostrando gran perplejidad, al *detective*.

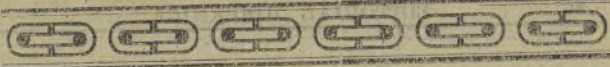
*Sait* entró el primero, y quedándose junto a la puerta, indicó con la mano el cadáver. El policía miró hacia el mismo sitio, y su rostro ofreció una gradación de emociones que *Sait* contemplaba con irónica expresión.

La primera mirada de *Sol* fué indiferente; la segunda de duda y sorpresa; enseguida dió varios pasos rápidos hacia el cuerpo tendido, se inclinó sobre éste, y a los pocos momentos se enderezó, y sus ojos se fijaron en los de *Sait* con tal terror y asombro, que el *detective* lanzó una corta carcajada, contenida en el acto por la presencia de la muerte.

*Don Pedro Sol*, recobrando al fin el habla, exclamó: Este cadáver no es el del joyero... no es *Massard* ¿qué misterio es este? ¿estoy loco?







Suplemento 2

## EL TERREMOTO

El crimen de la joyería

Un crimen misterioso.—Un cadáver  
que cambia de identidad.—La policía  
descorrida.—Una pista.—El crí-  
men se complica con una estafa de  
200.000 pesetas.—Una famosa ballarina  
se halla relacionada con el misterio de  
la joyería.

### VI

#### Sol pide auxilio.

En la tarde de aquel mismo día, *Sait* se hallaba sentado en su butaca, junto al balcón de su despacho en el *Palace*. A lo lejos comenzó a oírse el vocerío combinado de varios vendedores de periódicos que se aproximaban corriendo y gritando. Sus alaridos llenaron de ruido por algunos momentos los tranquilos alrededores del hotel, y luego la patrulla se alejó poco a poco, dejando que la calma se adueñase otra vez de la plaza en que reina Neptuno sobre unos cuantos metros cúbicos de agua dulce.

La puerta del despacho se abrió silenciosa, y un criado entró llevando un ejemplar del número extraordinario que voceaban los vendedores, y que había comprado obediendo a una orden previa de *Sait*.

Este, en cuanto se hubo quedado solo nuevamente, desplegó la hoja, aún húmeda la tinta con que estaba impresa, y se engolfó en la lectura del texto emocionante.

La hoja extraordinaria pertenecía a un diario *especialista* en crímenes, y decía en grandes titulares:

## Suplemento a EL TERREMOTO

### El Crimen de la Joyería

Un crimen misterioso.—Un cadáver que cambia de fisonomía.—La policía desorientada.—¿Hay una pista?—El crimen se complica con una estafa de 200.000 pesetas.—Una famosa bailarina se halla relacionada con el misterio de la Joyería.

El periódico daba a continuación de estos títulos sensacionales una información bastante exacta del suceso, desde el momento en que fué descubierto el crimen. Sin embargo, la información era deficiente en algunos puntos de verdadero interés.

Por ejemplo; en ella no se hablaba para nada de la intervención de *Sait*, y este defecto podía obedecer a diferentes motivos: o el reporter callaba esta intervención por razones de prudencia, cosa increíble; o bien *D. Pedro Sol*, por celos profesionales, habíase impuesto en este punto un silencio absoluto al mismo tiempo que ordenaba el secreto a sus subalternos.

También era deficiente la información periodística en lo que se refería a la *Princesa Nabab*, y el reporter confesaba que sus tentativas para celebrar una *interview* con la bella artista habían terminado en un completo fracaso, pues la bailarina se había negado terminantemente a conceder la entrevista solicitada, alegando que se hallaba enferma en la cama, y presa de una intensa excitación nerviosa. El periodista anunciaba, sin decir por qué conducto había llegado a su conocimiento la noticia, que la *Princesa Nabab* pensaba rescindir su contrato con la Empresa de su teatro, y salir de Madrid y de España en cuanto se lo consintiera el estado de su salud.

Al tratar de la parte más misteriosa del ya famoso crimen, *El Terremoto* se expresaba en estos términos:

«... El distinguido jefe *Sr. Sol*, que como hemos dicho anteriormente, fué advertido por la pareja de servicio de que las puertas de la joyería no se habían abierto bastan-



te después de la hora habitual, e hizo que fueran franqueadas por un cerrajero, encontró en la trastienda el cadáver del joyero *Massard*.

«Reconoció el cadáver, sin tocarle hasta que llegase el juzgado, y no dudó ni un momento de que fuese el del dueño de la joyería, pues sus facciones correspondían en absoluto a los antecedentes, y además fué reconocido por el portero de la casa».

«El Sr. *Massard* era hombre de alguna edad, pero de rostro fresco y juvenil; su cabello canoso y su barba blanca, estaban siempre cuidadosamente recortados y peinados. Así se ofrecieron a la vista del Sr. *Sol* cuando este lo reconoció inmediatamente después de abrir las puertas del local».

«Después de esto, el Sr. *Sol* subió en compañía de los Agentes a sus órdenes al piso entresuelo, que servía de habitación al joyero. A este entresuelo se sube por dos caminos; uno es una escalerita, que parte de una puerta abierta en la parte más profunda del portal de la finca. La otra, por donde subió D. *Pedro Sol*, es una escalera estrecha, que arranca de un extremo de la trastienda».

«El Sr. *Sol* permaneció en las habitaciones del entresuelo durante algún tiempo, y luego bajó de nuevo al piso de la tienda; al cruzar la trastienda, que no recibía mucha luz del día, algo extraño hubo de llamar su atención en el aspecto del cadáver».

«Se aproximó a este, y vió algo tan sorprendente, tan extraordinario, tan absurdo, que al pronto se creyó víctima de una ilusión de sus sentidos».

«Pero no; lo absurdo era la misma realidad. El cuerpo permanecía en la misma postura, vestido con el mismo traje; la herida, causa de la muerte, aparecía en el mismo sitio de la cabeza, pero esta, en vez del pelo canoso, ostentaba una corta cabellera rubia, y en lugar del rostro cubierto por una barba blanca, aparecía una cara casi imberbe, completamente afeitada, y representando unos treinta años de edad».

«Las suposiciones de la policía son varias, y parece que se tiene una pista, pero nosotros creemos que hasta ahora la policía se halla absolutamente despistada».

Aquí llegaba en su lectura el *detective*; cuando se abrió nuevamente la puerta y entró D. *Pedro Sol*.

Pero el que se presentaba era un *Sol* poco radiante. Sentóse en una silla algo alejada de la butaca en que descansaba *Sait*, y después de unos momentos de silencio,

como quien se ve obligado a confesar algo que quisiera callarse, dijo lentamente:—Tenía V. razón, *Sait*.

*Sait* miró al policía entre compasivo y burlón, y al fin pronunció las siguientes palabras.

—Amigo *Sait*; el crimen de la joyería es más complicado de lo que a primera vista parece, y no me extraña que, a pesar de su indudable experiencia detectivesca, se encuentre V. perdido entre la red tendida tan hábilmente por unos criminales habilísimos.

—¿Criminales? ¿Cree V. que hay más de uno?

—Si no me encontrase cohibido por la misión que me trajo a Madrid, rápidamente y claramente le pondría en su camino los jalones necesarios para que V. llegara al descubrimiento de la trama criminal; pero no puedo ser completamente explícito hasta que haya recobrado lo que me encargó el gobierno americano. Lo único lamentable es que ciertos detalles hayan transcendido a la Prensa, y lo lamento únicamente por su amor propio, querido *Sol*.

*Sol*, como poniendo al Cielo por testigo de la verdad expresada en las últimas palabras de *Sait*, elevó hácia el techo unos ojos lánguidos, que inspiraban compasión.

*Sait* se levantó, acercóse a *Sol*, y poniéndole familiarmente una mano en el hombro, le dijo inclinándose hácia su oído.

—Dé V. inmediatamente orden de que se publique en los periódicos este anuncio, y mañana, a las diez, venga a verme sin falta.

Al mismo tiempo que decía estas palabras, *Sait* sacó de su bolsillo un papel doblado y le puso en la mano del policía. Enseguida le ayudó a ponerse en pié, le colocó el sombrero en la cabeza y le condujo hasta la puerta. *Sol* le dejó guiar como un sonámbulo y salió del despacho.



## VII

### Mademoiselle Yvonne Petit.

Al día siguiente, a la hora indicada, subía en el ascensor del Palace el jefe *D. Pedro Sol*. No había podido dormir en toda la noche, y de su insomnio ofrecía claras muestras su oronda fisonomía.

El anuncio que había redactado *Sait*, y que se publicó en los periódicos de aquella misma mañana y en los de la noche anterior, se había aparecido en la imaginación del policía durante toda la noche, en letras de fuego, durante los pocos momentos en que el sueño vencía a la sobreexcitación de su sistema nervioso.

Y aquellas letras representaban para *D. Pedro Sol* un geroglífico, cuya solución era inaccesible a su entendimiento. Este esfuerzo cerebral había sido la causa de su insomnio.

El anuncio misterioso se componía de las siguientes frases:

«*Mlle. Y. Petit*.—Mañana 10 a 11, sin falta. Hotel Palace.—*E. Maurice*.»

*Sol* entró en el despacho de *Sait*; este, sentado en su butaca de costumbre, pero de espaldas a la luz del balcón, tenía a su lado, sobre una silla, un montón de periódicos diarios.

Después que se hubieron saludado ambos personajes, *Sait* dijo.

—Es V. puntual. Supongo que siente V. alguna curiosidad respecto al anuncio que le rogué insertara en la Prensa.

—Mucha curiosidad, respondió *Sol* con énfasis. Y además, una preocupación profunda.

—¿No ha adelantado V. en sus trabajos para esclarecer el misterio del crimen de la joyería?

—Confieso que no veo el menor rayo de luz.

—En cuanto a mi anuncio, querido *Sol*, lea V. en las columnas de avisos de estos periódicos, —señalando a los que estaban a su lado sobre una silla, los que están marcados con lapiz rojo.

*Sol* hizo lo que le decía su amigo, y vió repetido en varios ejemplares de distintas fechas el siguiente aviso:

«*Mlle. Y. Pettit*.—Mañana a las....., donde siempre. *F. Maurice*.»



*Este cadáver no es del joyero...*

—*Sol* dirigió a *Sait* una mirada interrogante, pero antes que pudiera hablar, entró, después de pedir permiso, un criado y dijo.

—*Sr. Sait*. Una señora que dice ha sido citada por el *Sr. Maurice*.

—Que pase.



## A V I S O

---

Cerrado nuestro Concurso de dibujos en fin del año pasado, los autores de dibujos no admitidos para su publicación, podrán retirarlos mediante presentación del recibo talonario. Los de provincias se servirán comisionar a persona que recoja los dibujos en la administración de «Día y Noche», o enviarnos sellos para el franqueo y certificado.

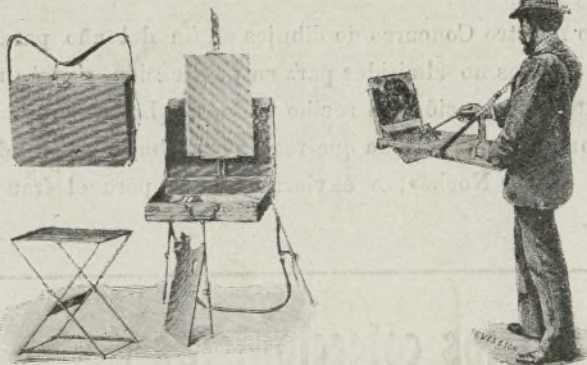
---

### A los coleccionistas de nuestros folletines encuadernables

Con objeto de que nuestros nuevos lectores puedan completar las novelas que tenemos en publicación, publicamos en cada número de DIA Y NOCHE un cupón, el cual será canjeable por uno de los pliegos de novela publicados en números anteriores. Así, nuestros compradores podrán ir completando los folletines atrasados, sin más que ir comprando los números corrientes de DIA Y NOCHE. El canje se hará en nuestra Administración, Cardenal Cisneros, 47, o en la Calle del Carmen, 6 y 8 "Casa Viuda de Pontes".

**Día y Noche**

Cupón canjeable por un  
pliego atrasado de novela



## **CASA VIUDA DE PONTES**

Tiene surtido completo en cajas de  
**OLEO Y ACUARELA**  
LIENZOS BELGAS

Esta Casa es siempre la más surtida  
y tiene IMPRENTA PROPIA

**CARMEN, 6 y 8** (cerca de la Puerta del Sol)

## **IMPRENTA HISPÁNICA**

*Cartas, Sobres, Facturas, Memorandums, Circulares,  
B. L. M., Tarjetas, Recibos, Calonarios,  
Etiquetas, etc.*

*Catálogos, Folletos, Libros y Revistas.*

**Cardenal Cisneros, 47**

**Tel. J. 9-23**

**MADRID**